

UNA COMEDIA INEDITA DEL LUNAREJO

Por Juan del Rímac.

El amar su propia muerte

(Continuación)

ESCENA VIII.

El Rey, luego Lidoro.

Rey. Detente, traidora, aguarda,
mas, ay de mí, que arrojando
mi espada en el suelo, huye
y entre sus horrores pardos
la noche su bulto esconde,
la noche oculta sus pasos.
¡Qué mal concuerdan con esto
la cadena y el retrato!

(Tocan cajas destempladas).

Mas, ¿qué trágico rumor
el aire entristece vago?

(Salen Lidoro y soldados).

Lidoro. El árbitro de tus armas
y arrimo de tus estados,
Sísara, yace cadáver
en tu tienda desmayado.

(Rasga el Rey las vestiduras).

Rey. O, cuánto ¡ay de mí! me apuran
estos Dioses, estos hados!
Vamos a ver mal tan grande,
a llorar mi muerte vamos.
Desdichas temo crueles,
Temo afrentosos fracasos,
pues una mujer me quita
las armas (¡qué desacato!)
y las arroja por tierra.
¡O qué agüero tan infausto!

(Vánse y salen Baruc y soldados en
orden, Joseph y sus Capitanes).

ESCENA IX.

Baruc, José y un Capitán

Baruc. Haya paz en esas cumbres
del galileo Tabor,
ya que el phénix esplendor
las baña en doradas lumbres.
Ya entone sonora salva
de los pájaros el coro,
alternando en picos de oro
panegíricos del alba.
Hoy la batalla he de dar
al Cananeo cobarde,
antes que entibie la tarde
ese ardiente luminar.

José. Ya al son de caja y clarín,
guiados de tu valor,
vienen subiendo el Tabor
Zabulón y Neptalí,
y no hay en las tribus dos,
más soldados que diez mil.

Baruc. Es el contrario gentil
y nuestro padrino Dios,
bastará sólo un hebreo
para mil incircuncisos,
pues los divinos avisos
aseguran el trofeo.

José. Son trescientos mil contados
los contrarios.

Baruc. ¡Qué más gloria!
Son trescientas mil victorias,
pues entre diez mil soldados
les caben (si mal no cuento)

a cada cien, treinta mil.

José. Fuera incredulidad vil
dudar yo su vencimiento!
no lo dudo, mas pondero
contándoles la ventaja.

Baruc. Pues nuestro ejército baja,
hoy perece este Rey fiero.
(Sale por entre unas ramas, sin que
lo note Baruc, Cineo, de camino).

Cineo (ap). Ya Baruc el monte sube
más intrépido que Marte,
y yo vine a darle parte
de los deseos que tuve
de ser su Centurión.
Ser un capitán quisiera
de su campo, porque viera
desmentida su opinión.

Yo le he de pedir, en fin,
cien soldados, con promesas
de traerle las cabezas
de Sisara y de Jabin.
Morirá después Jael,
quedará mi honor vengado,
el duque desengañado
y victorioso Israel.

Baruc. Muera después de la guerra
Cineo entre los traidores,
matad su gente y pastores,
postrad sus casas en tierra,
y sembrándolas de sal
porque fenezca su nombre,
no quede de tan mal hombre
rastro, indicio, ni señal.

José. Yo haré, Señor, lo que ordenas,
pues justamente te enojas.

Cineo (ap). Penas, ¿quedan más con-
(gojas?

Congojas; ¿quedan más penas?
¿Que esto escuche mi valor,
mi lealtad y mi nobleza?

Baruc. Cortaránle la cabeza
por detrás como a traidor

José. Así lo haré efectuar.

Cineo (ap). No quiero ahora pedirle
soldados, que es inducirle
a que me mande matar.
Volveréme desde aquí
sin hablarle cosa alguna,

ya que mi cruel fortuna
quiere perseguirme así.
Yo solo he de acometer
al cananeo escuadrón,
que quien va con la razón
a ninguno ha menester.

José. Será como lo dispones.

Baruc. Suenen, pues, ecos marciales
gasten cóncavos metales
y azote el aire pendones.
¡Soldados! hoy la memoria
judaica, ha de florecer!
Dios quiere que una mujer
nos dé el triunfo y la victoria.

(Vánse tocando cajas y queda Cineo).

ESCENA X.

Cineo y luego Música.

Cineo. El caballo queda atado
a un acebuche frondoso
y mientras paze goloso
las esmeraldas del prado,
siéntome sobre las flores.
(Siéntase).

que el ameno, monte viste!
ausente, celoso y triste
contemplaré sus colores.
Mas no, sino las que animan
esta lámina cruel.

(Saca el retrato).

¡Oh facciones de Jael!
¡Cuán ingratas me lastiman!
¡Oh bella tez! que el jazmín
con la púrpura concuerdas,
cómo, ¡ay de mí! me recuerdas
que te tuvo el rey Jabin.
Mas ya tus matices rojos
mis tristes lágrimas borren,
pues ya por mojarlos corren
los arroyos de mis ojos. (Llora).
Qué pena, por pena iguala,
por más que la angustia pese
que esta mujer me ofendiese
que esta mujer fuese mala,
oh cómo la muerte tarda
y me cansa ya la vida,
que una muerte pretendida

huye de aquel que la aguarda.

(Cantan dentro).

Ven, muerte, tan escondida
que no te sienta venir,
porque el gusto del morir
no me vuelva a dar la vida.

Cineo. Ven, muerte, tan escondida
que no te sienta venir,
Déjame, vida, morir
que está en tanto mal mi suerte
que solicito la muerte,
por menos mal que el vivir.
Bien sé yo que me ha de huir
por ser muerte apetecida,
mas, si se esconde, impedida
de una vida que me enfada,
¡vete vida tan cansada!,
ven, muerte, tan escondida.
Acuchilla halcón gallardo
la garza blanca y hermosa,
que con su sangre hecha rosa
le tiñó el ropaje pardo,
mas tan veloz, que aún no es tardo
entre el matar y el herir;
imitale el embestir
y porque te logre ¡oh muerte!
procura venir de suerte
que no te sienta venir.
Caiga este golpe tan presto
que aun no le sienta caído,
porque mientras más sentido
tendrá menos de funesto.
Darásme tal gusto en esto
que otra vida he de adquirir,
y aunque no hay porqué vivir
en una muerte que apaga,
estoy temiendo que haga
por el gusto del morir.
oh, quién dijera, mortales
que en agravios bien sentidos,
quedaran aborrecidos
los espíritus vitales.
¡Ay de mí! que a tantos males
mi suerte está reducida;
Muerte busco no sentida
en tan miserable extremo
que si es que la gusto, temo
no me vuelva a dar la vida.

No puedo más; con mi agravio
gimo, peso, lloro, siento
ardo, padezco, reviento
bramo, gimo, muero, rabio.

(Levántase, dando voces, tira el re-
trato, saca la espada, acuchilla el vien-
to y los árboles, como loco furioso).
Loco estoy, aparta, afuera!
muera el rey y el general,
pues trata mi honra tan mal,
el fiero general muera!

ESCENA XI

Dicho, **Baruc**, **José** y **Soldados**.

(Salen Baruc, Joseph y soldados)

Baruc. ¿Qué dices? ¿que muera yo?

Cineo. Muera el General.

José. ¡Oh avele!

Baruc. Matadlo pues, que se atreve
al Juez, que Dios le dió.

Traedme aquí unas prisiones.

(Riñe Cineo con los soldados como
un loco y váse uno).

Cineo. Muera el general.

Baruc. No, que vive mi valor,
a pesar de tus traiciones.

(Llega uno por detrás y coge a Ci-
neo los brazos).

Soldado. Ya los brazos ligaré.

José. Mátalo o préndelo en pena
de tal culpa.

(Saca el soldado, que se fué, las pri-
siones).

Baruc. Esa cadena
le impida el villano pié.

(Pónenle la cadena).

Las manos también le atad.
Que, en venciendo al enemigo,
juró de darle el castigo
que merece esta maldad.
Dos son con esta las veces
que darme muerte intentaste
mira si hay muerte que baste
a la pena que mereces.
En tu casa, traidor, pudo
tu malicia derribarme,
donde ví que por matarme

libraste el puñal desnudo;
y ahora a mi propio real
vienes con la espada afuera,
diciendo a voces que muera.

Cineo. ¡Muera, muera el general!

Baruc. Dime, traidor, dime, aleva,
¿qué furor te precipita,
qué atrevimiento te incita,
o qué frenesí te mueve?
Pero no lo digas, no
que será afrentosa mengua
que lo pronuncie la lengua
y no lo castigue yo.
Llevalde y dejadle aun vida,
que espere trance más fuerte,
que a veces suele ser muerte
una vida aborrecida.

José. Lástima tengo de tí.

Capitán. Compasión me da Cineo.

Cineo. ¿Qué es esto cielos! qué veo?
cielos, ¿cómo estoy en mí?

(Llévanle y salen Bato y Mosco con
una tinaja).

ESCENA XII

Bato y Mosco, y luego **Dina.**

Bato. Leche han tenido las cabras
que es un juicio.

Tené bien, no se derrame,
que muesama me mandó
que en un odre le guardare
de aqueste branco licor.

Finádome estó de risa,
Mosco, de lo que os pasó.

¡Que Mosco errando las ubres
hoy ordeñare un cabrón!

Mosco. Mentís, no fué sino cabra.

Bato. Con más barba que un oidor.

(Sale Dina con unas botellas).

Dina. Dura todavía el pleito
de que el chivato ordeñó.

Mosco. Si fuera cabrón ¿qué leche
tuviera o comierais vos?

Bato. Comiera por vos, la leche
la perra que vos parió.

Mosco. Arre allá, Bato, mira
que si me enoja, que soy
un dimoño. (1)

(1)— Dimoño, por demonio.

Dina. Henchid, aprisa
la bota, para el Señor,
que aunque ésta se exprimió ayer,
no estará aún aceda.

Bato. No,
si el cabrón es primerizo
tendrá la leche mejor.

(Dánle la bota y vánse Bato y Mosco).

Dina. Extrañas cosas anoche
pasaron al rey de Azor,
dando a tan varios enredos
mis engaños ocasión.
Mas aquí viene Bigote
a quien la cadena dió,
juzgando que era Jael
por su disfrazada voz.
Dióme cuenta del suceso
mas de la cadena no.
El, demás de ser bellaco,
es un gentil socarrón.

ESCENA XIII.

Dina y Bigote

(Sale Bigote).

Bigote. ¿Hay azotes por acá?
porque la otra vez, por Dios,
que aquel tronco fue mi amigo,
sin querer le abracé yo.

Dina. Si el rey sabe que tú fuiste
quien la cadena le hurtó,
te ahorca; mejor será
repartirla entre los dos.

Bigote. ¡Oh qué bobilla es la Dina!
¿Quién la cadena mentó?
Azotes, dije; si quieres
verás qué lindos los doy.

Dina. Pues, ¿a qué vienes cuitado?

Bigote. ¿A qué? A pedirte un favor.
hoy que salgo a pelear
con el hebreo escuadrón;
del paroxismo mortal
ya Sísara se alentó,
que pálido y asombrado
hace tripas del temor,
mas los dioses quieren hoy
que estos judíguelos mueran
a manos de su valor.

Ducientos te he de traer
 cautivos, de ellos dispón:
 uno para tu escudero,
 otro para tu bufón,
 otro para maestresala,
 otro para ser cantor,
 otro que sea portero,
 otro que sea limpión,
 otro que barra la casa,
 otro que friegue el perol,
 otro que ande en la cocina,
 otro que sople el fogón.
 Ve contando hasta doscientos
 mira no haya algún error;
 otro que te haga la barba
 cuando creciera el vellón,
 otro que el cojin te lleve,
 otro que....

Dina. Calla hablador.

Mira que viene Jael,
 y presumo que nos vió.

Bigote. ¿Qué dices?

Dina. Vete, que sale,

Bigote. ¿Sale ya?, afufón. (1) (Vase)

ESCENA XIV

Jael y Dina

Jael. Oh! Cómo tarda mi esposo,
 y mi amante corazón
 siente no sé qué desdichas,
 que adivina mi temor.

Dina. Notable melancolía
 es la tuya; ¿qué pasión
 tan pesarosa te rinde
 a tal tristeza?

Jael. La flor,
 que abrigada de las sombras
 de la noche, se durmió:
 aunque la pueble de aljófár
 el matutino candor
 y afeiten copos de plata
 su rozagante arrebol,
 siempre, Dina, yacen tristes
 su vanidad y primor,
 mientras con amantes rayos
 no la galantea el sol.

(1)—Afufón o afufa. Fuga, huida.

Yo soy flor y el sol Cineo:
 es precisa mi aflicción
 y mi tristeza forzosa,
 mientras no le ve mi amor.

Dina. Dos días ha que Cineo
 de tus ojos se ausentó.

Jael. Amor los cuenta, más bien!
 dos siglos, Dina, son.

Dina. Si quieres que te divierta
 por mi instrumento voy
 en que cantarte

Jael. Pues ve,
 mas, ¿qué bélico atambor
 alborota con sus ecos
 la diáfana región?

(Tocan cajas y trompetas de guerra).

Dina. El ejército de Israel
 baja del monte Tabor,
 y el cananeo le espera
 con más potente escuadrón
 que las arenas del golfo,
 que los átomos del sol.

Jael. Dar quierena ya la batalla;
 ven acá y verémoslos
 de este repecho. ¡Dios mío,
 salga Israel vencedor!

(Suben a un montecillo y al son de
 cajas y clarines salen Sísara y sus sol-
 dados, en orden de acometer, con espa-
 das y rodeles. Bajan por el monte Ba-
 ruc, Joseph y los hebreos de la mesma
 suerte hasta que están frente a frente
 los ejércitos; en el teatro están tocan-
 do cajas y clarines).

ESCENA XV.

Baruc, luego Sísara

Baruc. ¡Bárbaro capitán, caudillo fie-
 (ro,
 que a Israel con pesado yugo abrumas
 toquen alarma ya, bulla el acero,
 bufe el caballo, encréspanse las plumas
 que hoy verás a tu ejército guerrero
 alzar, sangriento mar, rojas espumas,
 pues te avisan que bajo a que se rompa
 el ronco parche y la sonante trompa.
 ¿Viste torrente de cristal lucido,

que espumándose en cándidos fervores
 arrasa, desde un monte despedido,
 sus yerbas, plantas, árboles, y flores
 y al formar un horrisono ruido
 en los troncos que quiebra sus rigores,
 asombrados entonces de la hazaña
 se pasma el valle y tiembla la montaña?
 Pues así yo de tu ira provocado,
 pues así el pueblo de rigor cautivo,
 así de tus injurias yo, irritado.

así el pueblo en tu ofensa vengativo,
 así yo ahora en mi piedad negado,
 así el pueblo a sus daños más altivo,
 podremos hoy con espíritus valientes
 romper tu campo y asolar tus gentes.

Sísara. ¡Cáduco general, viejo arro-
 (gante!

¿qué locura o delirio así te mueve,
 a que en tus canas yo pise triunfante,
 madejas de cristal, hebras de nieve?
 Mas ya que, mariposa es ignorante,
 ese tropel que a mi valor se atreve,
 hoy que a mi horrendo ejército le igua-

(las,
 serán cenizas las que fueron alas.
 Viste el rayo brillar, sierpe de llamas
 que, silbando, abortó trueno sonoro,
 que ostentando centellas por escamas
 dejó entre nieve y nieve la piel de oro.
 Al fresco almendro, que en sus verdes

(ramas
 de diamantes brotó blanco tesoro,
 hiriéndole con estallido ronco
 le hace pavesas de la copa al tronco?
 Pues así de este alfanje el corvo rayo
 asolará feroz tus flores vanas,

si almendro al decrepito desmayo
 en vez de blanca flor, brotaste canas;
 Veinte años ha que esta tragedia ensa-
 (yo,

si de morirse todos tienen ganas,
 yo más he muerto por distintos modos;
 hoy mato esos diez mil y mueren todos.

Baruc. De tu arrogancia, bárbaro, me
 (irrito.

Sísara. Yo haré que llores vanidad tan
 (loca.

Baruc. Hable el brío.

Sísara. A las armas me remito.

Baruc. Yo también; toca al arma!

Sísara. Al arma toca!

(Dáse la batalla, entrando y saliendo
 dos veces y en la segunda sale Cineo
 con la lanza).

ESCENA XVI

Dichos **Rey, Cineo y Lidoro.**

Cineo. Como yo no me hallaba con de-
 (lito

hallé en mis guardas resistencia poca,
 y rompiendo cadena y eslabones
 vengo a vengarme desde mis prisiones;
 Este es el rey de Azor, que aquí se apea
 de su carro.... Matarélo....

(Salen Lidoro y el Rey armados).

Rey. Hoy el trofeo
 es nuestro, pues mi espada le granjea.

Cineo. ¡Muere, bárbaro!

Rey. Tente, Cineo.
 que matar a un amigo es acción fea.
 Soñé que me matabas.

Cineo. Ya lo creo.

Lidoro. Quita que le defiende yo y
 (soy valiente.

Cineo. Mucho más lo es quien su des-
 (honra siente!

(Retíralos hiriendo y vánse. Baja del
 monte Jael con Dina).

Rey. Herísteme.

Jael. ¡Ay, Dios! ¿Qué veo?
 Mi esposo es el que arremete
 al rey Jabin, que, herido,
 ya las espaldas le vuelve.

Dina. Ya pelean los dos campos
Jael. Ya la batalla se enciende
 y una ciega polvareda
 el bajo viento oscurece.

(Suenan dentro truenos, ruido y gra-
 nizo).

Mas ¿qué horrible tempestad
 movió el cielo de repente;
 parece que se desploman
 los dos cristalinos ejes;
 sobre el cananeo solo
 la piedra y los rayos lueven;

contra Canán se conjura
la claraboya celeste.
Lanzas de cristal le arroja,
rayos le vibra de nieve.
De la tempestad huyendo
van las cananeas huestes,
porque el viento y el granizo
les da en los rostros y frentes.
Combáténles los hebreos
y con denuedo valiente
siguen, matan, atropellan,
cortan, rompen, postran, hieren;
¡Oh, cómo se tornan rojas
las florecillas silvestres!
Los campos inundan golfos
de fugitivos ciaveles.
Mas, vencido y destrozado
acá un caballero viene,
todo abollado el escudo,
y sin pluma el capacete.
llenas de lodo las botas
y de sudores la frente.

(Sale Sisara).

Sisara. Muerto vengo, de sed rabio,
hermosa Jael, pues siempre
tu belleza idolatré:
si es que amores se agradecen
hazme dar agua que muero
y mi espíritu fallece.

Jael. No tengo una gota de agua,
sólo hay leche.

Sisara. Dame leche
que expiro.

Jael. Vé por la bota
donde guardármela sueles.

Sisara. Perdí todo en esta guerra,
los ya ganados laureles
la tempestad me turbó.

Jael. Dios los hebreos defiende.

(Sale Dina con la bota y un vaso).

Dina. Bebe del licor nevado
de este vaso.

Jael. Toma y bebe. (Bebe).

Sisara. Volví en mí; mas el cansancio
me rinde. Si no te ofendes,
descansaré un poco aquí.

Jael. Sobre aquella alfombra puedes
y aquel cojín recostarte.

Sisara. Si a buscarme alguien viniere
no digas que estoy aquí.

Jael. No.

Sisara. Ya el sueño me entorpece.

Jael. Dejémosle descansar. (Váse)

Dina. Hazle tú ahora que sueñe. (Vá-
(se)

(Habla Sisara entre sueños).

Sisara. ¿Matarme, ingrata? Esto es,
el amar su propia muerte.

(Sale Jael con un clavo y un mazo).

Jael. Hoy triunfa el pueblo de Dios
si le taladro las sienas;
este clavo se las pase
a Sisara, mientras duerme.

(Clávale las sienas).

Sisara. Muerto soy....!

Jael. ¡Baruc, victoria!

El pueblo judaico vence,
que Dios quiere en sus contrarios
que mujer los atropelle.

(Sale Cineo, ensangrentada la lanza,
y traen desmayado y lleno de sangre
al Rey).

Cineo. Entrad aquí ese cadáver
en quien vengué los reveses
con que ofendía mi honor,
y esta lanza se ensangrenta
en la cómplice también.

Muere, ingrata, muere, aleve....!

(Sigue a Jael con la lanza y huyen-
do ella, tropieza Cineo en el cuerpo de
Sisara).

Jael. Mira que no te he ofendido!
Esposo, Señor, detente!

Cineo. Mas ¿qué espectáculo miro?
O qué cadáver es este?
Suspenseo estoy.

(Salen Baruc, Joseph y soldados) .

Baruc. Aquí entró
Sisara, ¿mas el rebelde
Cineo está libre aquí?

Cineo. Mátame, que aquí me tienes,
mas mi lealtad te diga,
muerto el Rey, para qué pienses
que cuando en mi casa al cuello
te puse el puñal luciente
fué juzgando que eras él,

pues las venganzas crueles
de mi honor, le perseguían,
por sospechas evidentes.

Jael. Pues a los dos satisfago
con decir que fingí siempre
amor a este que maté,
por matarle solamente,
que en el camarín por eso
leíste los dos papeles.

Cineo. ¿Y el retrato?

Dina. Fué mi culpa
y vencieronme intereses.

Baruc. ¿Y el manto real?

Cineo. Yo le hurté
a' rey que aquí ves: diréte
lo que hay en eso, después
que me perdones clemente.

Baruc. Sois leales y sois nobles,
yo soy el malo; engañéme.

Cineo. Perdona mis sequedades,
bella Jael, que, imprudente,
me arrebataron los celos
y no fue el indicio leve.

Baruc. Vamos, que con triunfo y pal-
(ma

nos aguarda ya la gente.
De Jael es la victoria.
Triunfe Jael, pues le debe
Palestina sus trofeos
y Judea sus laureles.

(Llevan arrastrando a Sísara).

Cineo. Señor, el rey no se lleve
así, porque fue mi amigo.

Baruc. Hazlo tú como quisieres.

(Vánse gritando, Victoria! Viva Is-
rael! Llevan los villanos arrastrando a
Sísara y levántase el Rey, después que
vuelve en sí).

Rey. ¡Oh, qué largo paroxismo
tuvo mi espíritu ausente!
Toda la sangre me falta
pues en la campaña verde
nube de nácar llovió
sus líquidos rosiclères.
Aquí solo me han dejado.
¿Dónde está Cineo? Fuése!
Por muerto me dejarían
los hebreos; mas ya quieren

los Dioses darme la vida,
porque mis agravios vengue;
flaco estoy, mas por librarme
será fuerza que me aliente;
ya estoy en pié, la cabeza
toda se me desvanece.

Guárdese de mi Judea
que guerras más insolentes
le depone mi venganza.

Aspide soy; víbora, sierpe,
que ofendida al que la pisa,
ponzoñosa el pié le muerde. (Váse).

(Sale el triunfo. Todos los soldados
coronados de laureles y palmas en las
manos. Detrás Jael en medio de Cineo,
y Baruc a caballo, con plumas y laure-
les; tocan cajas, clarines y chirimías
mientras salen todos y puestos en el
teatro cantan los músicos, que también
vienen en el triunfo).

¡Viva la hermosa Jael
que es con verdad peregrina,
claro honor de Palestina,
gloria ilustre de Israel!

La femenil valentía
rompió a Sísara la frente;
Sísara fué la serpiente
y será Jael María.

Baruc. Ya la profetisa aguarda
con aplausos más alegres

Todos. Viva, viva!!!!

Cineo. Y aquí tiene
fin esta sagrada historia
del amar su propia muerte.
El Doctor Juan de Espinosa
Medrano, aquel a quien debe
el Seminario Antoniano,
créditos que lo engrandecen,
la sacó a luz, cuando era
colegial actual, y espera
que le perdonéis las faltas
si en tal pluma caber pueden.

FIN.